

Recorrió muchos países y aseguraba haber recorrido muchas otras; mudaba á cada paso de nombre y profesion, y buscaba fortuna con sus preparaciones químicas, con sus embustes, con sus estafas al juego y con prodigar torpe é interesadamente las gracias de su mujer. En Estrasburgo fué acogido con gran triunfo (1780), y en esta ocasion mostró merecerlo todo por sus actos benéficos, curando enfermos sin remuneracion ninguna, manifestándose cariñoso con los necesitados y altivo con los ricos, á quienes despreciaba, á pesar de que acudían en gran multitud á consultarle. Habiendo fijado posteriormente su residencia en París, no contentándose con sanar enfermos, evocaba los difuntos con tanta destreza, que el naturalista Ramond, que se le podía calificar mas bien de discreto que de tonto, quedó convencido de su habilidad. Ultimamente, llegado á Roma, fué encarcelado con su esposa, culpado de masonería y robos, y condenado al extremo suplicio, cuyo castigo le fué conmutado luego en el de prision perpetua.

Antes de haber llegado sus infaustos dias, habia sabido granjearse la confianza del gran limosnero de Francia, Luis de Rohan. Este prelado, de costumbres estragadas, petulante y frívolo, siendo embajador en Viena, no dió mas emolumentos á sus familiares que las utilidades del contrabando que les permitia ejercer, y se encenegó en un abismo de deudas y maquinaciones; pero, no obstante su mala fama, fué elegido cardenal por ser de real alcurnia. Decia, que no podía llegar á comprender cómo un hombre obsequioso podía arreglarse á vivir con menos de un millon doscientos mil francos de renta: y habiéndosele hablado de una quiebra de cuantiosísimos intereses, exclamó: "Bancarotas semejantes no están permitidas sino al monarca y á los Rohan."

mas bien sobre personas ricas, como hasta entonces lo habia verificado, aquella honestísima señora se obstinó en su capricho; por lo cual Cagliostro, armándose de rigor, preparó un veneno para suministrarlo á Cannizzaro en una taza de chocolate. Su mujer lo averiguó á pesar del mucho secreto que guardó su consorte en hacer esta operacion; pero sin dárselo á conocer, cuando fué servido el chocolate hizo á Cannizzaro una disimulada seña con los ojos. Este lo comprendió todo, y fingiendo acalorarse en la conversacion, dejó caer la taza de las manos, y despues exclamó para que Cagliostro no sospechara nada: "Diantre, con vuestros discursos me habeis exaltado hasta el punto de hacerme perder el desayuno." Despues de este hecho, Cannizzaro no volvió mas á casa de su buen amigo, el cual, cayendo en lo que podía haber pasado, y no sabiendo á qué atenderse, porque temia que Cannizzaro revelase su atentado, creyó que le convenia salir cuanto antes de Lóndres, y así lo verificó. [Nota del traductor].

Parecíale un bochoro, que en su calidad de hombre galante y de personaje muy principal, no hubiese podido alcanzar jamas la gracia de María Antonieta, y esto heria aun mas su vanidad, por estar persuadido de que la reina era un obstáculo á su nombramiento de primer ministro, que anhelaba con afán. Cagliostro, que le prometió inspirar por artes ocultas pasion en el corazon de la reina, le hizo caer en sus lazos y urdió la trama de tamaña intriga con la condesa de La Mothe de la estirpe de los Valois, miserable en bienes de fortuna, seductora y de costumbres corrompidas.

Luis XV habia comisionado á Bohemer, diamantista de la corte, que le hiciera un collar de coste de dos millones de francos para la impúdica Barry; pero habiendo acaecido entonces la defuncion de aquel rey, Bohemer se ofreció á darlo á María Antonieta por la cantidad de un millon seiscientos mil francos. Luis XVI, asustado por lo escésivo del precio, no titubeó en rehusar el partido que se le ofrecia; pero María Antonieta siguió en el mismo deseo. La condesa de La Mothe dijo á Rohan, que la reina le habia encargado suplicarle para que le comprara aquel collar, cuyo importante servicio se proponia recompensar con un gran favor, y que ademas se obligaba á pagar á plazos su coste. Para asegurarle, pues, la verdad de su encargo, le presentó una esquila firmada por María Antonieta (1). Rohan se quedó muy satisfecho: en ver tan lisonjeadas su vanidad y lascivia: entre tanto se hizo de modo por La Mothe y Cagliostro, que una ramera nombrada Oliva, figurase la reina en una entrevista nocturna, que efectuó aquel prelado en uno de los bosques del jardin de Versalles. Se compró, pues, el collar, que fué entregado á la misma La Mothe para que lo diera á la reina; pero aquella lo llevó á Lóndres, en donde lo vendió.

Trascurrido el primer plazo, el diamantista reclamó lo que correspondia segun lo estipulado, y el cardenal, no encontrándose dispuesto por falta de medios á satisfacerlo, le insinuó que hablase á la reina sobre el particular. Descubrióse entonces toda la intriga, y las indignas esperanzas del cardenal; Luis, en vez de sepultarlo todo en el silencio, se dejó arrastrar por el resentimiento, y publicó un hecho que podía haber conservado el carácter de un escándalo doméstico (1785). Rohan fué puesto en la Bastilla con todos sus adornos pontificales, porque lo arrestaron en el mismo instante que se disponia á cantar la misa de la Asuncion; La Mothe fué aprisionada, y se ordenó al parlamento formar causa.

Ocasionaron grande estupor en la sociedad escándalos tan nuevos; el ver á un car-

(1) Esto es, firmada, *María Antonieta de Francia*, cuyo título no le convenia por ser austriaca.

denal llevado ante la justicia entre un charlatan y una ramera; una soberana mezclada en asquerosas intrigas; un monarca que sacudia los cimientos del trono, á saber: los privilegios del clero y de la nobleza, que desde muchos años habian servido de blanco porque queria abrirse brecha en lo que constituia las bases de la monarquía: un rey, finalmente, que instaba al público para que dirigiese su maligna mirada hácia los misterios del tálamo, proporcionando al parlamento medios para acrecentar la fermentacion que aquella torpe trama habia motivado, y dando ensanche á su rencor oculto.

Habiéndose sujetado voluntariamente Rohan al fuero del parlamento, aunque incompetente, éste, al cabo de seis meses invertidos en un proceso muy vergonzoso, declaró absueltos á aquel prelado y á Cagliostro, los cuales lograron el honor de una pública ovacion con no poco menoscabo del honor de María Antonieta, y como si hubiesen servido de víctimas á las intrigas de la aborrecida austriaca. La condesa de La Mothe fué condenada por el parlamento á desmentirse de todo lo que habia dicho, llevando una cuerda al cuello, á ser acto continuo azotada, marcada y encarcelada perpetuamente en la Salpetrière; pero habiéndose fugado, desahogó su ira por medio de la prensa, arrastrando por el lodo el nombre de María Antonieta.

ADMINISTRACION.—CATEGORIAS.—POLITICA FRANCESA.

El gobierno francés traia su origen de la conquista y del feudalismo, como todos los demas de Europa. Algunos señores independientes entre sí, y que en nada se diferenciaban, ejercian su poder entre una nacion sujeta y agobiada con las cadenas de la servidumbre, apropiándose todo con la fuerza de su espada, á saber: terreno, jurisdiccion, y derecho de paz y guerra. Despues de prolongadas vicisitudes, empezó á renacer la riqueza de los bienes muebles, y se constituyeron los municipios, que hicieron recobrar así al mercader como al industrial los derechos propios del hombre, á pesar de que existia la opresion que los poseedores ejercian á mano armada. Pero tuvieron que pasar largos años antes de que la fuerza entregara en manos de la justicia y de la razon los privilegios que tenia, y de que se acomodaran á una regla uniforme los hábitos connaturalizados con la violencia y la libertad, ó mas bien la fuerza y la justicia lucharon entre sí durante dilatados años.

Entre el número de los señores feudales, uno, á quien la fortuna se mostró mas propicia, sujetó á los demas; sus sucesores paulatinamente llegaron á dar cierta unidad al territorio francés, y dilataron por do quiera el poder de la fuerza pública, representada en el nombre del monarca; pero habiéndose verificado esto con largos intermedios y de

distintas maneras, los diferentes países se encontraron en posesion de prerogativas, barreras y derechos diferentes, que se fundaban tan solo en prácticas consuetudinarias, y que no llegaron jamas á formar una ley general y una constitucion.

Un monarca sagaz y otro lleno de magnificencia se encontraron en el caso de poder reunir en sí todo el poder de la monarquía, sea inclinando los pueblos á su propia voluntad y obligándolos á la obediencia; sea causando estupor con sus acciones. La monarquía francesa en la época de Enrique IV, lejos de formar la cumbre de la sociedad, llegó á ser su pedestal por haber desaparecido las libertades municipales, y por haberse trasformado la nobleza guerrera en nobleza de corte. Luis XIV, sacando ante todo buen partido de aquellos elementos, que eran mas oportunos para establecer su autoridad y ordenar las cosas, se sirvió en seguida del orden para cimentar el absolutismo, y pudo exclamar: "*el Estado soy yo.*" Y á decir verdad, ningun estorbo legal se oponia á la voluntad del monarca. En efecto el capricho hacia emprender las guerras; la vanidad de los ministros entablaba las alianzas, y Luis interrumpia el curso de sus victorias en Holanda por rendir homenaje á una de sus comblezas; regalaba los tesoros de Francia á sus queridas, y llevaba sus pretensiones hasta intentar un cambio en el orden hereditario de la monarquía para favorecer á sus bastardos.

Pero si los pueblos sacaron ventaja de que los monarcas franceses hubiesen quitado la autoridad de la mano de los señores feudales, acarreó graves perjuicios á los mismos monarcas el haber concentrado todo el poder en sí mismos. En esta circunstancia la conducta de los reyes puede parangonarse á la de un juez, que conservase para su utilidad un robo en vez de restituirlo á aquel á quien legítimamente pertenecia. Habiéndose separado la monarquía, tanto de la nobleza como del clero, y habiendo cesado de representar desde la época de Luis XIV los intereses del pueblo francés, no hacia mas que poner en juego todos sus medios para robustecerse: adquiria siervos con su dinero, pero estaba sin amigos y se esforzaba tan solo en reunir capitales, soldados y toda especie de recursos.

La administracion aspiraba á aumentar cada dia mas su poder despótico, y á separar á los señores de todo lo que pudiese darles alguna influencia acerca de la distribucion ó de la naturaleza de las contribuciones, aun cuando tuviesen referencia á los países que se intitularan de eleccion, porque poseian derecho para elegir comisiones que entendieran en la reparticion de los impuestos. Así es, que el manejo de los negocios hacendísticos tomó el carácter de supremacia, y que fué menester usar de rígidas medidas para que el producto de las rentas se percibiera con seguridad; por lo cual se arrendaban á asentistas, otorgándoles facultades ilimitadas para su

cobranza. Ninguno podía ponerse al abrigo de una persecucion, ni asegurar su persona, en virtud de las órdenes de prision que emanaban directamente del rey, y que llevaban su firma, quedando en blanco el contenido de la cédula, para que aquel que habia pedido el auto de prision lo llenase á su voluntad. Las cédulas mencionadas se compraban con objeto de quitarse de encima á un marido celoso ó á un rival, á quien la fortuna se hubiese mostrado halagüeña. El desdichado que habia sido víctima de la tiranía, se encontraba en la precision de resignarse á su desgracia, no pudiendo nunca averiguar el motivo que la habia promovido, pues tan solo se alegaba, que este procedia de la voluntad del soberano, mientras que el rey ignoraba muy á menudo el uso que se habia hecho de su firma. Por este medio se consiguió encarcelar á Voltaire en la Bastilla, hacer sufrir un destierro de veinticinco años á Maurepas, y tener encerrado en una jaula por toda la vida, á un individuo que se presumia autor de un epigrama contra la Pompadour.

El monarca se veia circundado de una pompa tan fastuosa; que casi le obligaba á creer que era algo mas que un hombre. La que se titulaba casa del rey tenia un limonero, un mayordomo, un encargado del guarda-ropa, un maestro de ceremonias, un escudero, un cazador, todos señores de la mas alta categoría, con cuatrocientos dependientes por lo menos á sus órdenes. La que se llamaba casa de la reina se componia de casi otros tantos personajes con casi igual número de dependientes, y lo mismo sucedia con respecto á la de los príncipes reales.

Asignábanse espléndidas pensiones á personas que tenian encargos cuyo nombre llevaba el timbre de la estravagancia: como aprensador de los asados (*hâteur des rotis*) portador de vinos (*courreur des vins*), porque los trasportaba á los sitios en donde residiese el monarca. Estas dignidades que se habian adquirido por dinero era menester conservarlas ó rescatarlas, desembolsando sumas muy cuantiosas. Los desórdenes de Luis XIV fueron un objeto de acatamiento no menos que su propia persona; por lo que pueden culparse de complicidad sus contemporáneos que los aprobaron. La Sevigné, á pesar de que habla de los estravíos de aquel monarca, está lejos de manifestarse contraria á ellos; poníanse en escena sus amoríos, dándoles formas heróicas así por Moliere como por Racine.

En aquella circunstancia se guardaba respeto á lo que no se habria imitado, y Luis, cuando pretendia que se cambiase el orden de sucesion en favor de sus bastardos, no creia hacer un ultraje á su nacion. Dijo Saint-Simon, que el monarca "habia venido á ser una especie de deificación en el gremio del cristianismo." Las régias ramera servian de tema á los vates; los filosofistas las adulaban con sus halagos; los marqueses aceptaban sus manos de esposas; y se llegó

hasta creer que Luis XV restauraba sus fuerzas con baños de sangre, y que con este objeto se habian hecho desaparecer de las calles de Paris algunos niños. Semejante rumor hizo estallar un motin, pues que nada tenia de inverosímil, fundándose en la creencia de que al monarca le era todo permitido.

Los reyes habian llegado á ejercer su omnipotencia hasta sobre el clero, á pesar de que este al principio tuvo tanta influencia que llegó á nombrarlos. Eran sus jefes diez y ocho arzobispos y ciento diez y seis obispos, los cuales poseian segun lo que se calculaba, cinco millones de francos de renta; pero esta cantidad nominal no llegaba quizás á constituir la mitad de su renta real y verdadera. La rigidez de las costumbres, la sabiduría y la concordia dificilmente se encontraban reunidas en el alto clero, en razon de que la eleccion de los cargos eclesiásticos recaia tan solo en personas de elevada cuna, ó en las que ponian en juego escandalosas protecciones. Algunos individuos del alto clero disfrutaban regaladamente de las delicias de la corte; los que se aplicaban al estudio solian despeñarse en el fanatismo; muchos tenian la investidura de abadías y beneficios sin pertenecer ni siquiera á la clerecía, y las dignidades se repartian por manos impuras y serviles. Hemos hablado estensamente en otro lugar de este libro, de aquellos abates perfumados, que se hacian notar por su elegancia, y que servian de adorno indispensable á la sociedad del rango mas elevado, y á los gabinetes de las señoras; escritores de madrigales, de óperas, de cuentecillos, de intrigas, y cada vez mas prontos á esponer su persona y la dignidad de su carácter á las befas de los elegantes. Pero en la época á que aludimos la depravacion tambien se habia abierto camino en las órdenes religiosas. Los banquetes, las fiestas y las academias, habian usurpado en ellas el lugar á la abstinencia de carne, á las oraciones nocturnas y al oficio en coro. Se suscitaron disputas muy escandalosas entre los capuchinos de Paris; los padres de San Mauro, agitados por disensiones interiores, suspendieron sus muy apreciables trabajos, y veintiocho benedictinos de San German de los Prados solicitaron del monarca que se les concediera el permiso de dejar su hábito acostumbrado, bajo el pretexto de que les hacia ridiculos, y se les eximiera del oficio divino, alegando que no les dejaba el tiempo suficiente para evacuar asuntos mas útiles (1).

La propension del clero secular á convertirse en nacional, se habia manifestado con especialidad en Francia, sosteniéndose bajo el nombre de *libertad de la iglesia galicana*, la obediencia en todo al monarca, como de-

[1] Es muy importante la asamblea celebrada por el clero en 1780, tanto por la revelacion que se hizo en ella de los desórdenes, como por los medios que se propusieron.

recho suyo propio, sin que el papa pudiese ponerle coto. Lo que va referido cercenaba aquel poder que habia adquirido el clero en la edad media, formando un cuerpo compacto en el catolicismo, poder que no pudo nunca reconquistar el clero francés, á pesar de que constituyó uno de los tres brazos del Estado, y los eclesiásticos fueron llamados á desempeñar muchos cargos principales de la monarquía.

Contribuyó tambien en gran manera á desacreditar al clero la enconada contienda que se suscitó con motivo del jansenismo, y á la cual se dió una desvergonzada publicidad, habiéndose querido sostenerla, poniendo en juego las intrigas y la fuerza. Pero mientras que el clero católico francés estaba dividido en dos bandos, que se regalaban mutuamente con odios y calumnias, y con el furor de dos partidos, el peligro exterior que le amenazaba, iba en aumento cada dia mas. El descarado Dubois logró el capelo por haber hecho adoptar forzosamente la bula *Unigenitis* por el parlamento; el arzobispo Beaumont echaba del hospital á los que no profesaban la verdadera fe católica (1752), y no quiso concederse licencia al abate de l'Épée para confesar á los pobres sordo-mudos á quienes habia convertido en hombres y cristianos.

Los incrédulos eran brindados de esta manera con sobrados motivos para hollar lo que hay de mas sagrado, y desplegar á la vista de todo el mundo los graves perjuicios que producía lo que aquellos apellidaban supersticion.

Como si el diluvio de escritos de la mas perversa índole, que ponía en circulacion la prensa, no bastasen para el caso, se pusieron en boga las caricaturas segun el siglo inglés. Eran éstas dibujos trazados con mas ó menos agudeza de ingenio, que daban pábulo á la malignidad y sutileza de cada cual que quisiese esforzarse en adivinar los objetos reales á que aludian, ó en aplicar aquellas formas exageradas á los individuos que mas convinieren.

Los nobles de una categoría secundaria habian llegado á apropiarse parte de la autoridad de los señores de primera clase; pero Francisco I y Enrique II, usando así de los medios de seduccion como de aquella fuerza que parece autorizada cuando fermentan las guerras civiles, refrenaron su codicia, reduciéndolos á cortesanos sometidos al monarca, á sus favoritos y á sus concubinas. Richelieu y Luis XIV dieron complemento á este sistema; aquel rey dió carta de nobleza á personas que no habian pertenecido nunca á esta clase, y otorgó títulos, pero sin autoridad ninguna, á otros individuos; por lo que la nobleza que traia su origen de tiempos remotos, empezó á caer en descrédito; se suscitaron celos y desavenencias entre unos y otros, y últimamente tomó cada vez mas incremento el dominio de aquel en cuyas manos residia el poder de distribuir títu-

los y empleos. Una infinita serie de grados distinguía á los nobles entre sí: el noble de espada miraba con aire de desprecio al noble de toga, el cual no dejaba de echar en cara al otro sus maneras ordinarias; el noble de provincia tachaba de servilismo al que estaba al inmediato servicio de la corte, mientras que por otra parte envidiaba su situacion: y tantas pretensiones y rencores originaban muy á menudo duelos, y motivaban continuas enemistades.

Pero á pesar de lo que va dicho, la nobleza de toga se colocó al mismo nivel que la territorial, la cual no podia ya considerarse á la sazón como un cuerpo distinto, y así los duques como los pares, nombrados por el monarca, tomaban asiento en el parlamento con los magistrados, sin notarse diferencia ninguna entre éstos y aquellos. Es de considerar, no obstante, que los nobles que perdieron sus derechos con respecto á la autoridad soberana, quedaron en posesion de los que gravitaban sobre el pueblo, y que además de las inmunidades y privilegios que gozaban, tenian casi solos la preferencia siempre que se trataba de elegir personas para los altos destinos públicos. Les era permitido tambien renunciar sus empleos, conservando sus emolumentos; el duque de Fronzac ocupaba el puesto de coronel á los siete años de edad; la virtud y la doctrina se veian repetidas veces obligadas en la misma Iglesia á ceder el lugar á una ilustre cuna, y hombres desprovistos de letras y estragados de costumbres se veian honrados con el capelo cardenalicio, únicamente porque pertenecian á la alta clase de los príncipes. Las jurisdicciones feudales no habian sido todavia abolidas, y el señor tenia facultades para ejercer á su arbitrio la justicia anexa á las jurisdicciones mencionadas. La recaudacion de las contribuciones encontraba un gran obstáculo en las inmunidades territoriales de que disfrutaban los nobles, y por lo tanto la última clase del pueblo se veia precisada á sufrir un sobrecargo en los impuestos. Estaba vedado á los nobles tomar parte en especulaciones lucrativas, y si en el banco de Lew no observaron esta práctica, fué porque lo reputaron como una especie de juego, cuya pérdida ó ganancia dependia mas bien de la suerte que de una combinacion comercial. Algunos de ellos para conservar aquel espíritu tan propio de las corporaciones, y que suele ocasionar muchos bienes y muchos perjuicios, no dimitian varios de sus encargos, los cuales, al paso que les eran gravosos, eran de tal naturaleza, que no dejaban esperanza ninguna de utilidad ni de mejoras. Y finalmente, los malvados podian, sin temor de castigo, dar rienda suelta á sus iniquidades, engañar á sus acreedores, procurarse cédulas reales de prision contra los que eran sus enemigos especiales, y regalar á cualquiera con ultrajes y arbitrariedades. Creian tambien que era cosa muy elegante contraer deudas muy cuantiosas, estar sosteniendo

mancebas, y hacer alarde de lujo en coches y caballos delante de los albergues de las bailarinas, permitiendo á las esposas propias observar igual conducta.

Muchos nobles, abrumados de deudas, contraían matrimonio con las hijas de los arrendadores, que despues de haber acumulado grandes sumas, se regocijaban con tener por convidados á nobles muy hambrientos. Pero á pesar de que un arrebató amoroso ó la codicia del dinero, les inducía á enlazarse con familias plebeyas, no se despojaban nunca de sus orgullosas pretensiones. Los mismos literatos, y los que se distinguían por las dotes de su ingenio, aunque en las tertulias aristocráticas eran bien recibidos, no podían de ninguna manera eximirse de aguantar ciertas humillaciones; no les era lícito exigir una satisfacción de los ultrajes por medio de las armas, y á un guante arrojado por Voltaire se contestaba con los palos de los criados.

Si dirigiendo nuestras miradas á aquella espumosa ola aristocrática queremos rebuscar en ella, veremos en su superficie un nombre que levemente se mece y que espera una gran revolución para estenderse por do quiera. La familia de los Riqueti de Mirabeau, provenzales, preclara, no solo porque pertenecía á ella porque fundó el canal de Languedoc, sino también por los varones ilustres de espada y toga que la honraron, traía su origen de los Arrighetti, que huyeron de Florencia en el año de 1268. Víctor de Mirabeau, imbuido en las teorías de la escuela de los economistas, que se imaginaban poder renovar la sociedad entera con la aplicación de sus doctrinas, y que pregonándose altamente liberales llegaban á convertirse en tiranos, dió á luz *El amigo de los hombres*, en cinco tomos; libro muy leído, trasladado á varios idiomas, y elogiado; atestado de ideas liberales y de conocimientos agrícolas y estadísticos. El marqués de Mirabeau gastó toda su vida en suplicar á los ministros que pusiesen en práctica sus proyectos filantrópicos; los petardistas que tenía á su alrededor, le aseguraban que era el hombre más preclaro de su siglo, y nuestro marqués prestaba crédito á sus palabras. Pero este varón podía calificarse de monstruo en su vida privada. Despues de pasados tres lustros de matrimonio, manifestándose cada vez más obsequioso y lleno de respeto para con su esposa, últimamente empezó á descubrir en ella varias faltas; y culpándola ya de violencia, ya de impertinente, acabó por desenfrenarse hasta el punto de dar entrada en su casa á una mujer extraña. Añádase á esto, que sus propios hijos ya presenciaban las reclamaciones de algún cochero que echaba en cara á su padre haberle seducido y puesto en cinta la hija, y que no pudiendo conseguir una satisfacción completa, le obligaba, cuando no fuese otra cosa, á dotarla: ya herían sus oídos estos lamentos de su madre: "Vuestro padre ha sido la causa de que haya abor-

tado dos veces; concibió celos de su hermano; tres veces me contagié de una enfermedad impúdica, y repetidas veces me ha hecho experimentar los horrores del hambre, hasta desmayarme. ¡Dejar padecer hambre hasta el punto de desmayarse, á la madre de once hijos, y que entró en su casa trayéndole un dote, cuya renta ascendía á cincuenta mil francos!" Semejante escándalo chocaba aun más en razón de que solía darse vulgarmente á Mirabeau el nombre de *Amigo de los hombres*, por haber sido autor de la obra mencionada, que lleva el mismo título. Pero este personaje, convencido de su infalibilidad, ufano de su ilustre prosapia, y de las doctrinas de la época, que llevaban el timbre de la presunción, llegó á hacerse hasta con cincuenta y siete cédulas de prisión contra varios individuos de su familia, no dejando nunca la íntima persuasión de que se conducía según las prescripciones de la más estricta justicia.

El quinto hijo de Víctor de Mirabeau fué Gabriel Honorato, cuya fealdad natural se convirtió en horrorosa por efecto de las viruelas. Su padre, cuyos demás hijos eran hermosísimos, concibió contra Gabriel Honorato una fuerte aversión, que no se esforzó nunca en reprimir. Aunque las facultades intelectuales del jovencillo adquirían un asombroso desarrollo, su padre no se despojaba de aquella aspereza, contrariedad y celos tan propios de los talentos medianos, cuando se encuentran frente á frente con el genio, y decía de Honorato: *Quiere destumbrarnos, pero nunca llegará á ser más que una cuarta parte de hombre si llega á ser alguna cosa*. No quedando satisfecho con lo que va referido, quiso darle otros preceptores diferentes de los que había tenido, le envió á otras escuelas muy distintas de las que había frecuentado, y finalmente, quiso también cambiarle el nombre, porque creía que Gabriel Honorato desluciría la memoria de sus antepasados; lo circundo de espías, y se encoletizaba sobremanera porque el jovencillo se granjeaba el aprecio de sus catedráticos [1].

Gabriel Honorato, conde de Mirabeau, sujetado al yugo de una rígida é injusta disciplina, y cada vez más temeroso de la proximidad del castigo, no podía remontarse á aquella generosidad y calma de espíritu que sirven de grandes elementos al desarrollo de la virtud y del honor. Con el trascurso de los años se aumentaba su desasosiego, pues sentía en sí mismo la voz de la conciencia que le decía: "No has venido al mundo para sufrir el yugo de la esclavitud;" y entre tanto Víctor de Mirabeau, su padre, quejándose cada vez más de las inclinaciones abyectas y de las bajezas de su hijo, lo puso en

(1) Es de notar que también Talleyrand, habiéndose quedado cojo, hubo de ordenarse clérigo, y recorrió varios colegios, sin dormir una noche siquiera en la casa de sus padres.

la carrera de las armas, á fin de que la disciplina militar pusiese freno á sus estravíos y á una naturaleza corrompida. Despues de algun tiempo el joven Mirabeau, abandonado y sin recursos, contrajo deudas cuantiosas, y en resolución se escapó á París. En esta circunstancia, su padre se propuso enviarlo á las colonias, pero últimamente no tomó más determinación que la de hacerle aprisionar en la isla de Rhé. Honorato, mediante los buenos oficios del gobernador, logró el permiso de asociarse á la expedición que se enviaba á la sazón contra Córcega, para sofocar los esfuerzos de aquellos isleños, que peleaban por su libertad. El peligro inminente y la idea de nuevas esperanzas sosegaron su alma agitada; fué objeto de sus estudios el arte militar; dió pábulo á su curiosidad la lectura de todas las obras de táctica, y decía en una carta á su hermana: "Estoy persuadido de que mi natural carácter es muy propio para la campaña: la guerra me infunde tranquilidad y alegría, y mi carácter se eleva sobremanera sin impulsos impetuosos." Pero su padre, que se honraba con el alto renombre de *amigo de los hombres*, no tenía á bien que su hijo siguiese la carrera de las armas, y habiéndolo hecho regresar al seno de la familia, le obligó á ocuparse en la lectura de sus obras de estadística, y á dedicarse al estudio de las ciencias económico-políticas. Honorato condescendió con la voluntad de su padre, y á pesar de que por su prodigiosa actividad todas las carreras, que no fuesen la militar, se le representaban vulgares y escuálidas, se dió con ahinco á los estudios económicos, y llenó hasta tal punto los votos de su padre, que éste, asombrado de los elevados talentos que manifestaba su hijo, le restituyó su gracia y su nombre.

El conde de Mirabeau, dominado siempre de su índole violenta, sea aplicándose al estudio ó bien entregándose á los deleites, ejercían un gran influjo las malas impresiones y el estado de descontento y perenne irritación que había grabado en su alma la aspereza de la educación paterna. La pedantería del marqués en las doctrinas económicas y su terca presunción, no podían armonizar de ninguna manera con la viveza del genio, con la actividad del carácter, con el abandono y con la franqueza seductora del hijo.

Víctor de Mirabeau concedió licencia á Honorato para ver París y darse á conocer en la corte de Versalles, encareciéndole que no manchase la pureza que la casa de Mirabeau había conservado por el trascurso de cinco siglos. En efecto, Honorato puso en juego toda su habilidad para colocarse en un puesto preferente entre los demás, y para granjearse el común afecto, consiguiendo completamente lo que deseaba. Víctor, su padre, que no había querido nunca por una orgullosa ostentación *enversallarse*, decía: "Mi hijo es tan insinuante como yo brusco; hace de los grandes lo que más se le antoja; posee el don muy temible de la familiaridad."

Conociendo Honorato, que los asuntos de su casa se despeñaban, tanto por los pleitos como por las utopías que su padre concebía, intentó procurarse medios de vivir independiente, contrayendo matrimonio con Emilia de Marignan. Obtuvo de su suegro un dote de trescientos mil francos, pero su asignación inmediata ascendió únicamente á mil escudos, que el marqués de Mirabeau aumentó con igual cantidad; por lo que pudo hacer frente á sus primeros gastos en poner casa. Pero lejos de observar una conducta juiciosa, se entregó á una vida desordenada y estravagante; y en el trascurso de un solo año, llevado por el cariño de su esposa y por su propia inclinación al lujo, contrajo deudas hasta la suma de ciento sesenta mil francos; para satisfacerlas proyectó medios de economía, pero su padre se manifestó contrario á todos sus planes; le cerró todas las puertas; se proporcionó una real cédula para desterrarle en la mezquina ciudad de Manosque, y lo puso en graves apuros, haciéndolo declarar por las autoridades inhábil para la administración de sus bienes.

Honorato se había hecho acreedor á procedimientos tan rígidos por la incoherencia de sus galanterías amorosas, que llegaron hasta el punto de hacerle culpar de sobrada amistad con su hermana, á quien manifestaba cuando menos un cariño desmedido y semejante por sus violencias á sus demás inclinaciones. Habiendo sabido Mirabeau que un barón había osado insultarla, se evadió de su destierro, y lo desafió; pero no habiéndose verificado el duelo por no haberlo admitido su contrario, Mirabeau le pegó un bofetón, lo que dió margen á un proceso, y su padre hizo de modo que lo pusiesen en el castillo de If. Persuadido de que se le podía tachar de vicioso y no de culpable, á pesar de que se le sujetaba á un castigo como tal, dirigió á su padre la carta siguiente: "Libertadme, dignaos libertarme; salvadme de la horrorosa agitación en que paso mis días, y que puede anonadar los buenos resultados que suelen ser el producto de la reflexión y de la adversidad. La actividad que lo hace todo, y sin cuya mediación nada se lleva á efecto, se convierte en turbulenta, y puede llegar á ser peligrosa si carece de objeto y de empleo." Pero el padre no desistió de su terquedad, y aparentando que era su intención restituirle poco á poco su paternal favor, anhelaba real y verdaderamente llevarle hasta el último término en su desesperación, como en efecto sucedió.

Emilia de Marignan solicitó divorciarse de su marido, y Mirabeau, preso y aislado atrajo á sus deseos á la única mujer que estaba en aquel castillo, y supo lograrse la afectuosa confianza del comandante, que se interpuso con sus buenos oficios entre padre é hijo; pero Víctor de Mirabeau, raspió enviando una orden para que fuese trasladado su hijo á la fortaleza de Joux en el Franco-Condado. El gobernador del nuevo presi-

dio, conquistado por su mágico ascendiente, aflojó su rigor y le proporcionó el conocimiento de Sofía de Monier, introduciéndole en su casa. Esta era una jóven de unos diez y ocho años, desposada con un marqués de setenta, y obsequiada por el gobernador, que llevaba encima de sí doce lustros. Mirabeau conquistó instantáneamente los afectos de Sofía, lo cual conocido motivó su espulsion del techo conyugal, y asimismo el encierro de Mirabeau en la ciudadela de Doullens por orden de su padre. Pero los dos amantes consiguieron escaparse á Suiza, y despues de una serie de incidentes dramáticos, encontraron asilo en Holanda.

Se censura con justicia el enlace de Sofía con un hombre que no era su legítimo esposo; no obstante se sostuvo en su resolución, manifestando un carácter generoso y mostrándose dispuesta á arrostrar todos los sinsabores que vuelan en pos de una pasión reprobada por las leyes; y por lo demas creia estar en su derecho llenando el vacío que dejaba en su corazón la decrepitud de un esposo que le habian dado, con su espontanea eleccion de otro hombre.

Honorato y Sofía, perseguidos y sin recursos, permanecieron como extranjeros en Holanda, prestándoles fuerzas bastantes su mútuo amor para sobrellevar la carga de aquella vida. El se dedicaba á escribir por cuenta de los libreros, tolerando sus arrogantes exigencias, y escribió por la cantidad de cincuenta luisés el *Ensayo sobre el despotismo*. Este trabajo cobró aplausos, y despues de un trimestre, Honorato, no interrumpiendo su tarea desde las seis de la madrugada hasta las nueve de la noche, se encontró en estado de ganar un luis diario, componiendo obras de fondo y arreglando otras.

Mientras sus asuntos llevaban esta marcha, se falló en Francia su causa y fué decapitada su efigie por haber sido declarado raptor y seductor. Su padre, á quien habian costado seis mil seiscientos francos las pesquisas que habia hecho la policia á petición suya, pudo por lo menos regocijarse viéndolo precisado á sufrir un destierro perpétuo. Pero toda la parentela de Sofía, impulsada por un resíduo de amor no exento de resentimiento, no dejaba de buscar medios para volverla á tener á su lado, alimentando la esperanza de que podria reconciliarla con su marido; y se manejó tan diestramente, que por último logró hacerla prender en país extranjero. Mirabeau tuvo proporcion para ponerse en salvo, pero prefirió correr igual suerte. Sofía fué destinada á un convento, Honorato encerrado en Vincennes, y el marqués su padre exclamó: "Al cabo el infame está cargado de cadenas." ¡Este era el modo de educar á un hijo noble!

Mirabeau, que en su calidad de hijo muy jóven representaba una edad propensa al amor, á la impaciencia, á la corrupcion, se entregó en su prision á lo que de mas sinietros pueden aconsejar la soledad y el rencor.

Trasladaba al francés y mandaba á Sofía cuanto de mas obsceno salió de los escritores clásicos, sirviéndole de vehículo para el caso el carácter desenvuelto del comandante, el cual le otorgaba tambien licencia para tener una animada correspondencia con Sofía, que él mismo leia de antemano, no dejando de enviarla á su dirección á pesar de que contenia los desahogos de una brutal concupiscencia (1). Y es tambien de advertir que este señor comandante, que se mostraba escrupuloso hasta el punto de negar al conde de Mirabeau el uso de un espejo y navajas para afeitarse, no tenia recelo ninguno en vender personalmente á los libreros las obras lúbricas que aquel componia (2). Y podemos decir que la reclusion de Mirabeau fué mas perniciosa para la moral que el libertinaje de veinte individuos. Pero este varon no dejó de entregarse tambien á tareas muy árduas en medio de sus estragos, meditando sin cesar sobre Tácito, arrojándose con sus escritos contra las cédulas de encarcelamiento y las prisiones de Estado, y patentizando la iniquidad de procedimientos tan sumarios, opuestos á los principios del derecho natural.

Manifestó, como suele acontecer ordinariamente cuando se quieren embotar las armas de la persecucion, cada dia mas fuerza en su amor á Sofía, que le habia dado una niña; ni dejó nunca de abrigar la esperanza de colocarse otra vez y colocar á ella en un

(1) A pesar de que algunas cartas de Mirabeau á Sofía, y con especialidad las primeras, están atestadas de obscenidades vergonzosas é indignas de un amor delicado, nadie puede negar que la mayor parte de ellas inspiran afectos muy tiernos, puros y compasivos por la suerte infeliz de dos desdichados amantes, arrastrados al delito mas bien por funestas combinaciones que por corrupcion de corazón. Pero es de notar que en aquella correspondencia se revelan muchas cosas secretas que debian haber sido condenadas á un perpétuo olvido. En efecto, cuando se anunció al conde de Mirabeau, en los últimos años de su vida, que se pensaba en publicar aquella correspondencia, dijo: "si se efectúa, no dejaré de hacer que le cueste muy caro al que lo haga." El que quiera conocer todos los pormenores de la vida tan agitada del conde de Mirabeau, podrá leer la biografía que del mismo escribió Mr. de Mounier, la cual se halla inserta en el primer tomo de las cartas de Mirabeau á Sofía, que forman parte de la coleccion escogida de las obras de aquel ilustre personaje.

[Nota del traductor.]

(2) Nuestro autor alude con especialidad á la *Erótica Biblion*.—Paris, 1801; obra tan erudita como obscena. Pero no queremos pasar por alto que el conde de Mirabeau manifiesta en ella mucha sutileza de ingenio; pues empieza cada uno de sus capítulos con alguna máxima altamente social, que podria servir de argumento á un tratado de filosofía ó de política.

[Nota del traductor.]

estado honroso. Todas sus súplicas al monarca y al ministro no obtuvieron resultado ninguno; su padre lo dejaba sumido en la miseria mas estremada, y habiendo logrado sorprender sus cartas dirigidas á la madre y á la hermana, tuvo la desfachatez de publicar sospechas de incesto con las dos. El hijo, puesto en términos tan extremos, rechazó aquellas imputaciones con otras no menos infames, las cuales, por lo que se puede conjeturar, no menguaron el crédito del *Amigo de los hombres*.

Una de las razones que enconaban al marqués economista contra el conde su hijo, era el ver que éste se declaraba adicto á la filosofía del siglo. "Toda la riqueza de este demente furioso encarcelado en Vincennes (decia en una carta á su hermano el baillío (1), se reduce al jactancioso charlatanismo filosófico de un *gran escepticismo*, jerga confusa é ininteligible, recuerdos desvergonzados. Tres ó cuatro locos como Diderot, D'Alembert, Rousseau, ú otros peleles embutidos de paja y ataviados de papel de oro, cuya biblioteca es el archivo de la Torre de Babel, y cuya mayor parte no puede hacer alarde de mas originalidad que la de su desfachatez, han formado el arsenal de las capciosas doctrinas del filosofismo moderno, que no merece mas que el hospital de los orates." Honorato se estremecía al considerar aquel corazón tan helado de su padre, y dando rienda suelta á su cólera, se desahogaba en sus cartas contra la tiranía paterna, que manifestándose cada dia mas cruel, le quitaba todos los medios que pudieran servirle de consuelo en su desolacion y en aquel estado de grandes apuros.

Pero fué acometido de una muerte repentina el solo hijo legítimo que tenia Honorato. Los pormenores que se refieren acerca del fallecimiento de este niño, cuya edad rayaba en los cinco años, hicieron sospechar haber consumado el atentado contra su vida uno de sus parientes colaterales. Toda la familia de Mirabeau, y con especialidad su padre, quedaron aterrados con la idea del inminente peligro de que se perdiera su nombre, y el marqués desde entonces pensó en aflojar su rigor para con su hijo, que podia darle un nuevo heredero. "Si mi nieto no hubiese fenecido me habria obstinado, por cierto, en tener encerrado al que le dió el sér; pero falleció el desgraciado Victorino, mi nieto, y me veo en la obligacion de poner todos los medios que están á mi alcance para perpetuar nuestra alcurnia." Sin embargo, el marqués exigió por espresa condicion que la esposa de su hijo interpusiese sus buenos oficios para sacarle de la prision, en lo cual ésta consintió. Y aquí diremos que la misma Sofía, su amante, dominada de aquel carácter de generosidad que ocasionó é hizo escusar sus faltas, se dirigió por cartas al

[1] Dignidad de la antigua orden de San Juan de Jerusalem.

marqués, declarándose ella sola la culpable, y no dejando por otra parte de exhortar al que la habia inspirado tanto amor para que se reconciliara con su mujer. Semejantes procedimientos llenaron de admiracion al mismo anciano economista: sin embargo, el conde de Mirabeau quedó todavia preso por el trascurso de un año, y reconquistó su libertad despues de haber padecido durante cuarenta y un meses. En esta ocasion la salud de Honorato se quebrantó, pero tomó alas la fuerza de su espíritu tan vigoroso como franco. Anheloso de venganza, quiso ser de nuevo aprisionado para pedir la anulacion del fallo, que le habia condenado estando preso en el Franco Condado. Fué entonces cuando escribiendo en su propia defensa, no por codicia de dinero, sino por salvar su cabeza, no por procurarse pan sino por reconquistar su honor, se manejó de manera que consiguió la anulacion del proceso y que se divorciase Sofía de su esposo, el cual se vió obligado á señalarla una pension. Sofía, que con motivo de sus amores habia echado una mancha indeleble sobre sí, en su viudez se portó de modo que salió airosa del crítico estado en que se encontraba; pero cautiva por otro, que falleció cuando estaba próximo á desposarse con ella, se afligió hasta el punto de suicidarse por medio de la asfixia.

El conde de Mirabeau, á pesar de que levantaba ufano la cabeza por haber conseguido el triunfo de su rehabilitacion mediante la fuerza de su ingenio, encontrándose desprovisto de recursos y agobiado de deudas, trató de hacer las paces con su esposa, pero ésta no quiso admitirlas: por lo cual se dirigió á los tribunales, y persuadido de que era el público el verdadero juez que debia vencerse de sus razones, hizo la defensa de sí mismo. Hubo gran concurrencia á presenciara, porque todos anhelaban enterarse de los pormenores de aquellas torpezas que habian causado tanto escándalo. El conde de Mirabeau llamó sobremana la atencion del auditorio con su admirable arenga, y consiguió un triunfo en la opinion pública, aunque su peticion fué desechada por la ley. Su estremada fealdad no le quitaba otros atractivos muy oportunos para cautivar el corazón de las mujeres; así es que la señorita de Nehra estrechó con él lazos de una íntima amistad que no quebrantó nunca en el decurso de su vida, á pesar de las infidelidades de su querido. Refugiados los dos en Holanda despues de haberse concluido las cuantiosas sumas de la señorita, se redujeron entrambos al estado de una lastimosa miseria; en efecto, Honorato escribia estas palabras: "no tengo mas en este mundo que diez francos; la condesa y yo no poseemos ni siquiera un andrango que poder empeñar ó vender, y no nos es dable abandonar el país sin satisfacer las deudas." En tales apuros le ponian sin cesar sus estragadas costumbres y su pasión al lujo; y entretanto no de-